

13º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 5,21-43.

En aquel tiempo Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia:

-Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva.

Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba.

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda, su fortuna; pero en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con sólo tocarle el vestido, curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que, había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando: - ¿Quién me ha tocado el manto?

Los discípulos le contestaron:

-Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: «¿quién me ha tocado?»

El seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo: -Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.

Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle:

-Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?

Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga:

-No temas; basta que tengas fe.

No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. Entró y les dijo:

- ¿Qué estrépito y qué lloros son éstos? La niña no está muerta, está dormida.

Se reían de Él. Pero él los echó fuera a todos, y con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo:

-Talitha qumi (que significa: contigo hablo, niña, levántate).

La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar -tenía doce años-. Y se quedaron viendo visiones.

Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

MIRAR AL HERMANO FALTO DE AMOR

Hoy en el Evangelio Jesús nos presenta las dos situaciones más dramáticas que se nos presentan en la vida: «**la muerte y la enfermedad**». De ellas libera a dos personas: una niña, que muere justo cuando su padre ha ido a pedir ayuda a Jesús, y una mujer, que desde hace muchos años tiene flujos de sangre. Dos situaciones en las que «**Jesús se deja tocar por nuestro dolor y nuestra muerte**» y obra signos de curación para decirnos que «**ni el dolor ni la muerte tienen la última palabra**». Nos dice que la muerte no es el final. Jesús vence a este enemigo, del que «**solos no podemos liberarnos**».

Si nos fijamos en la curación de la mujer vemos que más que su salud «**eran sus afectos los que estaban enfermos**». Aquella mujer tenía flujos de sangre y, según la mentalidad de la época, era considerada impura. Era una mujer marginada, no podía tener un marido, no podía tener una familia y no podía tener relaciones sociales normales porque era impura. Vivía sola, con el corazón herido. La peor enfermedad de la vida no es el cáncer, «**es la falta de amor**», «**es no poder amar**». Esta mujer «**estaba enferma por falta de amor**». Y la curación que más importa es la de los afectos. Pero ¿cómo encontrarla? Podemos preguntarnos: ¿están enfermos nuestros afectos? Si están enfermos hemos de saber que «**Jesús es capaz de curarlos**».

¿Cuántas veces nos lanzamos a por remedios equivocados para saciar nuestra falta de amor? Pensamos que el éxito y el dinero nos hacen felices, pero el amor no se compra, es gratuito. Nos refugiamos en lo virtual, pero «**el amor es concreto**». No nos aceptamos tal y como somos y nos escondemos detrás de los apariencias del mundo, pero «**el amor no es apariencia**».

Buscamos soluciones irreales que solo nos dejan sin dinero y sin paz, como le ocurrió a aquella pobre mujer. Ella, finalmente, **«eligió a Jesús y se abalanzó entre la multitud para tocar el manto, el manto de Jesús»**. Es decir, aquella mujer **«buscó el contacto directo»**, el contacto físico con Jesús.

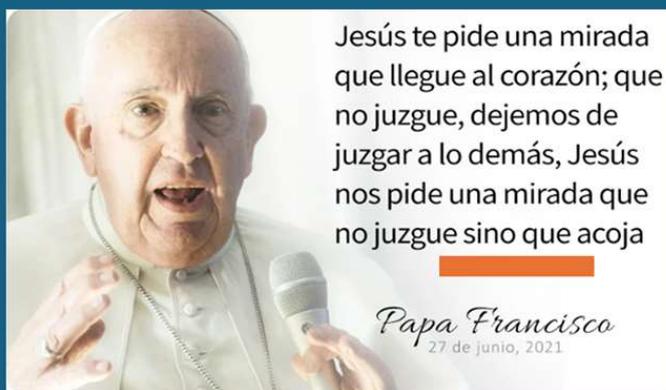
Sabemos bien lo importantes que son para vivir el contacto y las relaciones. Lo mismo nos ocurre con Jesús. A veces nos contentamos con observar algún precepto y repetir oraciones pero **«el Señor espera más»**, espera que nos encontremos con Él, **«que le abramos el corazón, que le toquemos su manto»** como lo hizo la mujer para sanar. Y así, **«en la intimidad con Jesús»**, es donde se curan nuestros afectos.

Esto es lo que quiere Jesús. Dice el Evangelio que a pesar de estar apretujado por la muchedumbre, **«busca quien le ha tocado»**. Es la mirada de Jesús. Entre tanta gente va en busca de un rostro y de **«un corazón lleno de fe»**. No mira al grupo, como podemos hacer nosotros, **«Jesús mira a la persona»**.

Jesús no se detiene ante las heridas y los errores del pasado, Él **«va más allá de los pecados y de los prejuicios»**. Todos tenemos una historia y cada uno de nosotros, en la intimidad del corazón sabe bien cuáles son sus debilidades y sus pecados. Y Jesús los mira para curarlos.

En cambio nosotros tenemos tendencia a mirar lo malo de los demás. Cuántas veces hablamos mal de los demás, los despellejamos. Al contrario de Jesús que mira siempre el **«modo de salvarnos»**, mira el hoy, la buena voluntad y no la mala historia que tenemos. Jesús va más allá de nuestros pecados. Jesús va más allá de nuestros prejuicios. Jesús no se queda en las apariencias, Jesús llega al corazón. **«Jesús cura»** precisamente a aquella mujer a la que todos habían rechazado. Con dulzura **«la llama hija»**. El estilo de Jesús es la cercanía, la compasión y la dulzura. Y **«ensalza su fe»** devolviéndole la confianza en sí misma.

Curar a un enfermo,
acogerlo, servirlo, es
servir a Cristo: el enfermo
es la carne de Cristo (Cfr.
SS Francisco, Homilía,
08.02.2015).



Hoy Jesús nos invita a que le toquemos su manto, a que **«confiemos en Él»**, a que nos dejemos mirar por Él para que sane nuestras heridas y errores. Y nos invita también a que miremos a nuestro alrededor. Veremos muchas personas cercanas que se sienten heridas y solas, **«que necesitan sentirse amadas»**. Jesús nos pide que las miremos pero que nuestra mirada no se quede solo en las apariencias, sino que llegue al corazón. Jesús nos pide **«una mirada que no juzgue sino que acoja»**, porque **«sólo el amor sana la vida»** y Dios ama a todos. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
30 de junio de 2024